

La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la corte de Felipe III / Santiago Martínez Hernández. Madrid: Marcial Pons, 2009

En la Monarquía de los Austrias hispanos hubo sin duda personalidades que tuvieron un papel protagónico en los entresijos del poder pero que, sorprendentemente, no han sido objeto de documentadas biografías o monografías. Marañón recuperó a Antonio Pérez, Keniston a Cobos y Lovett a Mateo Vázquez, por ejemplo, pero merecedores también de extensas aproximaciones en forma de libro son, evidentemente, otras figuras muy sustanciales, caso de Baltasar de Zúñiga, sin el que no se entiende el ascenso de Olivares. Una de estas personalidades destacadas en la escena del poder fue Rodrigo Calderón, interpretado ahora por un historiador buen conocedor de las cortes del segundo y tercer Felipe, Santiago Martínez.

Este conocimiento cortesano, y en general de la nobleza hispana altomoderna, lo adquirió Martínez en la investigación de su tesis doctoral sobre el II marqués de Velada, don Gómez Dávila, y dio lugar a un volumen de más de seiscientas páginas en cuarto, *El Marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro* (Salamanca, 2004). Otras diversas publicaciones dan fe asimismo de lo avezado que es su trato con facciones, clientelas, hechuras y criaturas de personalidades dominantes en distintos momentos del devenir de la corte real bajo los dos Felipes. Cortes que se han visto muy favorecidas historiográficamente en los últimos quince años, desde aquel volumen misceláneo de Alianza Universidad que en 1994 coordinaron Martínez Millán y Fernando Bouza, de quien el autor que hoy nos ocupa es discípulo en el estudio de la cultura de corte bajo los Austrias. Con posterioridad, solamente recordar los ambiciosos proyectos dirigidos igualmente por Martínez Millán, y por Fernández Conti y Visceglia sobre las casas reales de ambos Felipes, en 2005 y 2008 respectivamente. Baste indicar que la obra dedicada al tercer Felipe son cuatro gruesos volúmenes, que tratan de mucho más que la casa del rey y la corte de la Monarquía pues también es una verdadera puesta a punto de conocimientos sobre los poderes regnícolas y virreinales, y sobre una multitud de aspectos bajo este reinado. En el volumen III de esta obra ya imprescindible, Martínez se ocupa de varias secciones, como la educación del monarca o la realidad de los cortesanos nobles en el régimen de valimiento protagonizado por Lerma.

Por tanto, nuestro autor era persona idónea para abordar a Rodrigo Calderón (1576-1621), que a su paso por la Universidad de Valladolid hizo lazos fundamentales para su porvenir, como con Pedro de Franqueza, futuro secretario de Estado. El padre de Calderón supo ponerle pronto en la órbita del marqués de Denia, como paje primero y, siendo ya secretario del marqués, pasó luego a serlo de la cámara real, ya reinando el nuevo Felipe. Desde entonces fue acumulando mercedes y gracias, controlando el acceso al monarca a través de las audiencias reales, lo que le acarreó animadversiones y enemigos. La caída de Franqueza en 1610 no le afectó directamente y se le otorga un par de años más tarde el condado de Oliva, pero la situación había cambiado y en 1611 fue destituido como secretario del Despacho Universal. En las embajadas encontró una salida al ambiente envenenado de la corte madrileña, primero en los Países Bajos –había nacido en Amberes– y luego en Venecia, obteniendo en 1614 el marquesado de Siete Iglesias. La caída de Lerma y la inquina del ya poderoso Olivares le situó fuera de la gracia real. Pese a refugiarse en Valladolid, donde tenía diversas dignidades, fue allí prendido en 1619 y finalmente ajusticiado en Madrid en 1621.

Todas estas vicisitudes de ascenso, esplendor y ocaso de su figura, son analizadas por Martínez con enorme rigor. Basta ver la lista de archivos consultados: esa familiaridad ha repercutido en el estilo de su escritura pues jamás se utiliza un término extemporáneo,

ajeno a la época. Pero no es libro para especialistas únicamente sino para cualquier lector culto de tipo medio. Su gran soporte documental y erudición bibliográfica sabe mostrarse muy discreta y hábilmente, como si el autor fuera un avisado cortesano de aquella época, logrando enganchar al lector a una vida en verdad apasionante, la de Calderón, y sobre la que dejaron testimonio nada menos que Lope, Quevedo o Góngora. En este sentido es esclarecedor el Prólogo de Patrick Williams, donde se ponderan los estilos de acercamiento del autor a una personalidad mítica por su muerte y por lo que representó; no en balde el epílogo se titula «El mito de don Rodrigo».

Este libro, además de bien escrito, se nos ofrece bien editado, con tipografía amable y en formato grato a su manejo. La organización del contenido es clara: consta de cinco capítulos, ilustrados con reproducciones de cuadros, planos, manuscritos y otras piezas que hacen la lectura aún más amena.

El primero, que abarca de 1576 a 1601, trata de los pasos iniciales del joven Calderón, hasta llegar al entorno del monarca. Se exponen sus orígenes familiares, linaje y aspectos de su persona. Especial énfasis se pone en la significación que tuvo para su ascenso la tenencia de la secretaría de cámara, un cargo que le permitió administrar no solo el acceso al rey sino el dinero privado del mismo para los gastos del bolsillo secreto (págs. 45-92).

El segundo capítulo abarca de 1602 a 1611, los años de la «próspera fortuna» y en los que Calderón, encumbrado en lo más alto del favor real y del valido, suscita numerosas antipatías (págs. 93-145).

El tercer capítulo se titula significativamente «La caída de Faetón» y comprende lo que va de 1612 al año dieciocho, tiempo de las embajadas y de preocupaciones por el cambio de tornas, manifiestas en 1615 al repartirse los oficios del servicio del heredero de la Corona, el futuro Felipe IV, lo cual evidenció el debilitamiento de Lerma pese al mantenimiento de las formas (págs. 147-233).

El cuarto capítulo, «El ocaso de un cometa», se ocupa del trienio 1619-1621, decisivo en la caída de don Rodrigo y época ya de las afrentas, de los cautiverios y del cadalso (págs. 235-308).

El capítulo postrero determina el expolio, oprobio y olvido, palabras que dan nombre a los mismos epígrafes que conforman dicha sección en torno a la figura de don Rodrigo (págs. 309-324).

Tras el epílogo, a modo de sumario de la ejecutoria de Calderón, se incluyen una serie de apartados de mucha utilidad para el lector que quiera profundizar más en la cuestión. Estas páginas finales ofrecen una recapitulación sobre las fuentes documentales y bibliográficas, la genealogía del protagonista, la cronología de los hechos narrados en el libro o que marcan el período, la relación alfabética de fuentes y bibliografía manejadas y dos índices, el de ilustraciones y el onomástico, tan necesario en estudios históricos en los que lo prosopográfico es parte sustancial de la aproximación a un periodo o a un personaje. Las cuatrocientas páginas del total no son ningún obstáculo para la lectura de este libro profundo y ameno.

Se puede decir que los futuros autores de monografías sobre otras personalidades sustantivas en las entretelas del poder, caso del mencionado Baltasar de Zúñiga y de otros, tendrán en La sombra del valido un modelo de buen hacer.

© Real Biblioteca, <http://www.realbiblioteca.es>